

**A 76 años de su muerte en Ashford, Inglaterra**

**SIMONE WEIL**

## **LA ILÍADA O EL POEMA DE LA FUERZA**

Escenificación de Simona Giurgea

Traducción de Sara Antón Barreneche



*El Departamento Central de las Artes Liberales de la Univesidad Colgate y el Programa de Teatro de la Universidad Colgate presentan a Simona Giurgea, profesora asociada del Departamento de Inglés, escenificando en el Teatro Universitario “La Iliada o el poema de la fuerza” de Simone Weil, en la versión traducida por Mary McCarty.<sup>1</sup>*

---

<sup>1</sup> Weil, Simone. *The Iliad or The Poem of Force*. Translated by Mary McCarthy. *Politics*, Volume 2, N° 11; November, 1945. En:

[https://libcom.org/files/politics%20\(November%201945\).pdf](https://libcom.org/files/politics%20(November%201945).pdf)

*Simone Weil nació en 1909 en el seno de una familia judeo-francesa agnóstica y murió de un fallo cardíaco en Agosto de 1943 .*

*Fue profesora, erudita clásica y una inconformista tanto en lo político como en lo religioso. Filósofa, trabajadora de fábrica y agrícola, pensadora política y mística. En palabras de Flannery O'Connor, Simone Weil fue "un misterio que nos debería mantener humildes a todos".*

.....

*Para aquellos soñadores que consideran que, gracias al progreso, la fuerza pronto sería una cosa del pasado, La Ilíada les parece un documento histórico. Para aquellos otros que perciben la realidad con más claridad y que ven que la fuerza siempre ha sido el centro de la historia de la humanidad, La ilíada es el más puro y hermoso de los espejos.*

Simone Weil (La Ilíada o el poema de la fuerza, 1940).

.....

**E**l verdadero héroe -el centro- de *La Ilíada* es la fuerza. La fuerza que usan los humanos, la fuerza que los esclaviza. La fuerza ante la que la carne de los humanos perece. En esta obra se muestra constantemente cómo cambian los humanos en relación con la fuerza. Son arrastrados, cegados y deformados por la misma fuerza a la que sucumben habiendo creído poder dominarla.

¿Cómo se define la fuerza? La fuerza es todo aquello que reduce a cualquiera que se subyugue a ella a un objeto. Practicada hasta el extremo, convierte a cualquier hombre en una cosa. En un sentido literal, te convierte en un cadáver, una carcasa. En un momento hay alguien y en el siguiente ya no está nadie. *La Ilíada* jamás se cansa de mostrarnos este fenómeno.

*Los caballos arrastraban las bigas vacías a través de los campos de batalla, deseosos de sus nobles amos, pero éstos estaban tendidos sobre el*

---

*suelo, más cercanos a los buitres que a sus esposas. El héroe se convierte en un objeto, arrastrado por el polvo tras una biga. Su cabello negro estaba esparcido por todos lados, su cabeza entera tendida sobre el suelo. Zeus había permitido que aquel rostro, encantador en el pasado, hubiera sido desacralizado por sus enemigos, en su propia tierra natal.*

La amargura de este suceso no es suavizada de ninguna manera. No hay ninguna ficción reconfortante que intervenga, ninguna promesa consoladora de inmortalidad, ninguna aureola patriótica que descienda sobre la cabeza del héroe.

*Su alma paso directamente al Hades después de escapar de su cuerpo, penando por su destino y abandonando su juventud, su vigor.*

Aún más devastador es la evocación fugaz de otro mundo, que presenta un doloroso contraste: el lejano, precario, conmovedor mundo de la paz, de la familia. Un mundo en el que cada uno es lo más valioso imaginable para los que le rodean.

*Ordenó a las sirvientas palaciegas de cabellos brillantes que preparasen un baño caliente para cuando Héctor regresara tras la batalla.*

*¡Qué mujer tan necia!*

*Él ya se encontraba tendido en el suelo, lejos de baños calientes, muerto por Atenea la de los ojos grises, quién guió el brazo de Aquiles.*

Efectivamente, el pobre hombre se encontraba muy lejos de los baños calientes. Y no solo él: *La Ilíada* se desarrolla mayoritariamente lejos de los baños calientes. La historia de la humanidad se desarrolla, en casi toda su totalidad, lejos de los baños calientes.

Así se nos presenta la fuerza en su forma más ingente y concentrada: la fuerza que mata. Cual más variada en sus procesos, cual más sorprendente en sus efectos es la otra fuerza: la que no mata; es decir, la que no mata todavía. Seguramente matará, posiblemente mate o quizás permanezca suspendida, dispuesta, sobre la cabeza de la criatura a la que puede matar en cualquier momento.

En todos los aspectos, su efecto es el mismo: convierte a un hombre en una piedra. De su primera característica (la habilidad de convertir a un humano en una cosa, usando el simple método de la muerte) fluye otra,

bastante prodigiosa en su propia forma: la habilidad de convertir a un humano en cosa mientras sigue vivo. Está vivo, tiene un alma y aún así es una cosa. Cual extraordinaria entidad: una cosa con alma. Y en qué hogar tan extraordinario se encuentra el alma.

¿Quién puede decir lo que le cuesta en cada instante acomodarse en su espacio? ¿Lo mucho que tiene que doblarse, retorcerse y plegarse? No fue hecha para vivir dentro de una cosa; si lo hace por necesidad, no hay ningún elemento de su naturaleza que no se vea violentado. Un hombre que se encuentre desnudo y desarmado mientras es apuntado con un arma, se convierte en un cadáver antes de que nada o nadie le toque. Hace un minuto estaba pensando, actuando, deseando.

*Estando quieto, reflexionó. Los otros se acercaron. Aterrado, ansioso por tocarse las rodillas, deseando en su corazón poder escapar a una malvada muerte y a un destino negro. Con una mano agarró fuertemente su rodilla, mientras que la otra mano seguía aferrada a la jabalina, sin soltarse.*

Rápidamente comprende que el arma con la que está siendo amenazado no va a ser desviada de él. Y ahora, aunque sigue respirando, es meramente materia, ya no piensa.

*Así habló el magnífico hijo de Príamo con suplicantes palabras. Pero recibió una brusca respuesta. Habló. Y las rodillas y el corazón del otro le fallaron. Dejó caer su espada, se arrodilló y extendió sus brazos. Aquiles desenvainó su afilada espada, atravesándole el cuello y el esternón. La espada de doble filo quedó sumida en su totalidad. El otro, con su cara hacia el suelo, inmóvil y su negra sangre corría y calaba el suelo.*

*Nadie vio entrar al gran Príamo. Se paró, agarró las rodillas de Aquiles y le besó las manos. Aquellas terribles manos, asesinas de hombres, que habían matado a tantos de sus hijos.*

Tener que ver a un ser humano siendo empujado hacia un sufrimiento incomparable, nos estremece tanto como ver un cadáver. Por eso tembló Aquiles al ver al divino Príamo. Los demás también temblaron al ver cómo se miraban el uno al otro. Pero este sentimiento solo dura un momento. En breve, la criatura que sufre es olvidada.

No fue la insensibilidad la que hizo que Aquiles empujase a un lado al anciano que se había aferrado a sus rodillas. Cualquiera que esté en nuestro entorno ejerce una cierta fuerza sobre nosotros, simplemente por su presencia. Esta fuerza les pertenece solamente a ellos, es el poder de parar, reprimir y modificar cualquier movimiento que nuestro cuerpo trace.

Cuando nos ponemos de lado para evitar chocarnos con alguien que pasa, no es lo mismo que cuando nos ponemos de lado para evitar una valla publicitaria. Estando solos en nuestra habitación, nos levantamos, andamos y nos volvemos a sentar de una manera completamente distinta a cuando tenemos un invitado. Pero esta indefinible influencia que la presencia de otro ser humano tiene sobre nosotros, no es ejercida por hombres a quienes un instante les puede privar de su vida, que pueden morir incluso antes que el pensamiento tenga una oportunidad de juzgarlos. En su presencia, la gente se mueve a su alrededor como si no estuvieran allí. Ellos, por otro lado, corriendo el riesgo de ser convertidos en nada en un instante, imitan la nada en su propia persona. Cuando son empujados, caen. Pasan sus días sin dedicarse a nada, no tienen espacio libre para impulsos propios. No es que su vida sea más difícil que la de otros hombres o que ocupen un puesto inferior en la jerarquía social; no, ellos son una especie humana distinta: entre ser humano y cadáver. La idea de un hombre siendo un cadáver es una contradicción lógica. Mas lo que parece imposible en la lógica, se convierte en real en la vida. La contradicción que esté clavada en el alma, la desgarrar.

Este extraño destino que aguarda a la virgen, aguarda a la joven madre, aguarda a la joven novia, aguarda a la princesa, aguarda al bebé, heredero real. Pronto se los llevarán, así yo. Tú mi hijo, vendrás conmigo a una tierra en la que tendrás que cumplir tareas miserables. Trabajando para un amo despiadado. A los ojos de una madre, que su hijo reciba este destino es igual de terrible que la muerte. El marido preferiría morir antes que ver a su esposa recibir ese destino. Todas las plagas del cielo son invocadas ante el ejército que somete a su hijo a ello. Pero las víctimas mismas están más allá de esto. Maldiciones, sentimientos de rebeldía, comparaciones, reflexiones sobre el futuro y el pasado, son eliminados de la mente del cautivo. La memoria apenas sobrevive. Perder más que un esclavo es imposible, dado que pierde toda su vida interior. Puede recobrar un fragmento, si es capaz de ver la posibilidad de cambiar su destino, esto es su única ayuda (...).

En *La Ilíada*, la raza humana no es dividida en conquistadores, jefes por un lado y conquistados, esclavos, por otro. No hay ni un solo hombre que no tenga que inclinar su cuello ante la fuerza en algún momento. A ningún combatiente le es perdonada una vergonzosa experiencia de miedo. Los héroes tiemblan, como el resto del mundo. La victoria no es tanto una cuestión de valor como de un destino ciego, simbolizados en el poema por las balanzas doradas de Zeus. Entonces Zeus, el padre, tomó su balanza dorada. En ella puso los dos destinos de muerte, los cuales aniquilan a todos los hombres. Una para los troyanos, domadores de caballos, y otra para los griegos, enfundados en cobre. Cogió la balanza por el medio: fue aquel el día fatal de Grecia, cuando se hundió. La ceguera del destino es la que establece una cierta justicia. El que toma la espada, muere por espada. *La Ilíada* formuló el principio mucho antes de que lo hicieran los evangelios. Bajo los mismos términos, Ares es justo y mata a aquellos que matan.

Quizás todos los hombres, por el simple hecho de haber nacido, están destinados a sufrir violencia. La verdad es que los débiles jamás son débiles al completo, ni los fuertes tampoco. Pero ambos no son conscientes de ello, se niegan a creer que pertenecen a la misma especie. Los débiles no ven ningún tipo de relación entre ellos y los fuertes y viceversa. El hombre que posee la fuerza, parece andar a través de la materia humana que no opone resistencia. No hay nada que se pueda interponer entre el impulso y la acción. Aquel minúsculo intervalo de la reflexión. Donde no haya espacio para la reflexión, tampoco lo hay para la prudencia o la justicia. Por este motivo vemos a hombres armados, actuando injustamente y con locura.

Al final del primer día de combate descrito en *La iliada*, los griegos se encontraban en posición de obtener el objeto de sus esfuerzos: Helena y sus riquezas. Esa tarde, los griegos ya no estaban interesados en ella o sus posesiones. Por el presente, no aceptemos las riquezas de Helena ni París. Todos, incluso el más ignorante, pueden ver que Troya se encuentra al borde de la ruina. De esta forma habló y los Aqueos lo aclamaron. En realidad, lo que desean es todo, todas las riquezas de Troya, todos los palacios, todas las casas, todos los hombres, todas las mujeres, todos los niños, todo. Olvidan, que todo no está en su poder.

Un uso moderado de la fuerza, que en sí permitiría a los hombres estar inmersos en su maquinaria, requeriría virtud sobrehumana, la cual es tan escasa como la dignidad en la debilidad.

Al comienzo, en la embarcación los corazones de los guerreros son tan livianos, como cuando se tiene una gran fuerza de lado y nada, menos el espacio, que se le opongá. Tienen las armas en sus manos y los enemigos están ausentes. A no ser que tu espíritu haya sido conquistado por la reputación del enemigo, siempre has de sentirte más fuerte. Un hombre ausente no impone el yugo de la necesidad. A los que están embarcando no se les presenta ninguna necesidad; consecuentemente van como si fuesen a un juego, unas vacaciones del confinamiento de la vida rutinaria. Pero este estado mental no persiste en la mayoría de los combatientes. Rápidamente se aproxima el día cuando el miedo, la derrota o la muerte de un camarada querido conmueven el espíritu del guerrero, colapsando en las manos de la necesidad. La guerra ya no es ningún juego o sueño. El guerrero ya no puede dudar de su existencia. Esta realidad que percibe es dura, demasiado ardua para poder ser soportada, ya que envuelve la muerte. Una vez que admitas la muerte como una posibilidad, pensar en ello se convierte en insoportable, salvo por instantes.

Verdaderamente, todos los hombres están destinados a morir. Los soldados pueden alcanzarla en batalla, pero para aquellos cuyos espíritus se han desdoblado bajo el yugo de la guerra, la relación entre la muerte y el futuro es distinta de la de otros hombres. Para otros hombres, la muerte se presenta como un límite en el futuro. Para los soldados, la muerte es el futuro. El futuro les asigna su profesión. Cada mañana, el pensamiento castra al

alma de sus aspiraciones, dado que el pensamiento no puede viajar por el tiempo sin encontrarse con la muerte en su camino. Observando esta situación tan violenta, desde el exterior parece inconcebible. Observando esta situación desde el interior, su fin parece inconcebible. La mente tiene que encontrar su salida; sin embargo, la mente esta completamente absorbida en causarse violencia a si misma.

Siempre que en la vida haya guerra o esclavitud, el sufrimiento intolerable continua, causado por la fuerza de su propia gravedad. Si la existencia del enemigo ha permitido al alma destruir lo que la naturaleza puso allí, la única solución que el alma es capaz de imaginar es la destrucción del enemigo. Al mismo tiempo, las muertes de camaradas queridos invoca un ánimo de emulación, una sombría emulación, rivalidad en la muerte.

*Que me muera al instante, ya que el destino no me dejó proteger a mi amigo muerto, quién pereció lejos de su hogar, deseoso de que yo le protegiera de la muerte.*

*Así que salí en busca del asesino de mi amigo Héctor. Encontraré la muerte en el momento en el que Zeus desee, Zeus y los demás inmortales.*

Es la misma desesperación que lo conduce hacia su destrucción, por un lado, y a asesinar, por otro. Los hombres poseídos por esta doble necesidad de muerte pertenecen a una especie distinta a la de los vivos. ¿Qué eco puede causar las tímidas esperanzas de vida en tal corazón? ¿Cómo puede un hombre que se haya distanciado de la noción de que la luz del día es dulce a los ojos, respetar esta noción, si se le aparece como un fútil y humilde lamento?

*Fuertemente me agarro de tus rodillas, Aquiles. Piensa en mi, ten piedad.*

¡Cuál recepción recibe tan débil esperanza! La desconsideración del conquistador que no conoce respeto por nadie ni nada a su merced (...), la desesperación del soldado que lo lleva a la destrucción, la anulación del esclavo o del conquistado. Todos estos elementos son combinados en *La Ilíada* para crear una imagen de horror uniforme, en la cual la fuerza termina siendo el único héroe. Resultaría en una desolación monótona, si no fuese por aquellos luminosos momentos, aquellos pocos momentos celestiales en los cuales el hombre posee su propia alma. El alma, que entonces despierta, para vivir solo por un instante y posteriormente perderse en el vasto reino de la fuerza. El alma despierta pura y completa. No contiene ninguna

ambigüedad, nada complicado o turbio. No hay espacio en ella para nada que no sea coraje y amor. Prácticamente no hay ningún tipo de amor conocido por el ser humano que *La Ilíada* no trate.

La tradición de la hospitalidad persiste.

*Así soy para ti un querido invitado en el seno de Argos. Apartemos nuestras lanzas, incluso en batalla.*

El amor de un hijo hacia sus padres, de la madre y el padre por su hijo es continuamente descrito de un modo tan conmovedor como seco. Incluso el amor fraternal, el amor conyugal condenado a penar, es de una pureza extraordinaria.

*Sería mejor para mi, en caso de perderte, ir bajo tierra. No me quedará ningún otro consuelo, solo pena, solo dolor.*

Igual de emotivas son las palabras dirigidas a un marido muerto:

*Mi querido esposo,*

*Moriste joven*

*Y me dejaste viuda*

*Sola, en el palacio*

*Nuestro hijo es todavía minúsculo*

*El hijo que tú y yo, a quien se nos cruzó el destino, engendramos*

*Creo que nunca se hará mayor*

*Dado que no moriste en cama, cogiendo mis manos y diciéndome palabras prudentes que pudieran vivir en mi memoria, día y noche, mientras llorase.*

La amistad más hermosa de todas, la que hay entre camaradas, es el tema final de esta épica.

*Pero Aquiles lloró pensando en el querido camarada;*

*El sueño, prevaleciente ante todo, no le quiso llevar.*

*Se volvió a darle vuelta.*



El más puro triunfo del amor, la gracia culminante de la guerra, es la amistad que inunda los corazones de los enemigos mortales. Ante ella, la distancia entre el ganador y el vencido se reduce a la nada.

*Cuando el hambre y la sed habían sido calmados,*

*El troyano Príamo cayó en admiración hacia Aquiles*

*¡Qué alto y hermoso era!*

*Tenía el rostro de un dios*

*A su vez, Príamo era admirado por Aquiles, quien estudiaba su bello rostro y escuchaba sus palabras.*

Estos momentos de gracia son raros en *La Ilíada*, mas son suficientes para hacernos sentir con abrasivo remordimiento lo que la violencia ha matado y volverá a matar.

Todo lo que no es la guerra, todo lo que la guerra no destruye o amenaza, es envuelto en poesía en *La Ilíada*. Jamás hace esto con las realidades de la guerra. No hay ninguna reticencia que enmascare el paso entre vida y muerte. Lo griegos, por lo general, estaban capacitados con la fuerza espiritual suficiente para poder evitar el auto engaño. Las recompensas de esto eran grandes; descubrieron adquirir la máxima lucidez, pureza y simpleza en todas sus acciones. Aquellos que creen que el mismo dios, convertido en hombre, no pudo admitir la dureza de su destino sin un largo tiemblo de angustia, deberían haber comprendido que las únicas personas que dan la impresión que se han elevado a un plano superior, superiores a la miseria humana ordinaria, son aquellos que se remiten a la ayuda de las ilusiones, la exaltación, el fanatismo para ocultarse a si mismos la dureza del destino.

Los pueblos europeos no han creado nada que sea más valioso que el primer poema. Quizás vuelvan a descubrir la genialidad épica cuando vean que no hay refugio del destino. Cuando aprendan a no odiar al enemigo y despreciar al desafortunado. Cuándo ocurrirá esto, es otra cuestión.